

última de comunicación es para Mallea manera primordial de lo argentino”.

Anota también la desmedida importancia que los problemas nacionales asumen en ella y su “preocupación de equilibrio, que es casi frialdad, no sólo en las disposiciones temáticas, sino también en las expresivas”, comparando esto con los constantes reclamos de pasión que Mallea realiza en casi todas sus obras.

Completan el volumen un estudio sobre Echeverría que nada de importante agrega a lo ya sabido; una breve historia de nuestro teatro con observaciones inteligentes; y una superficial —por lo breve— reseña de nuestra literatura contemporánea donde encontramos juicios como éste: “Habría que recordar, sin embargo, la pintoresca eficacia designativa de Silvina Ocampo...”.

A pesar de ello puede servir como conjunto escueto de datos sobre nuestros escritores actuales. Agreguemos finalmente una lista hecha con buen criterio selectivo de las obras teatrales escritas en nuestro país durante el siglo actual.

R. A. BORELLO.

Norma Dumas. En cinco tiempos. Ed. Botella al Mar, Buenos Aires, 1953.

Norma Dumas nos ha dado “En cinco tiempos”. Descreo personalmente en la eficacia de la crítica, de Arte en general y literaria en particular. Los valores auténticos se imponen por sí solos, no importa lo que se diga en contra o en favor de ellos. Y en el libro de Norma Dumas hay valores auténticos, que se impondrán tarde o temprano por sí mismos, de modo que es innecesario e inútil señalarlos ahora en forma expresa.

El poder nominador de la palabra está siempre oculto y como latente en la palabra misma, y sólo espera que el humano pensar lo descubra y lo haga patente. Pero las más de las veces se ha atendido —sobre todo en estas últimas décadas— a la nominación en cuanto tal, es decir a la potencia meramente formal de la palabra. Este lenguaje de símbolos puede halagar eufónicamente o satisfacer una inquietud mental periférica; en todo caso sólo trasunta una intrínseca decadencia, porque la nominación lo es siempre de lo nominado, y esto es precisamente lo que la hace ser lo que es y no una mera combinación de sílabas.

Norma Dumas dice algo. Y en su libro importan por igual el decir y aquello que es dicho, en una unidad plena de sentido.

Ahora bien; hay muchos modos de decir algo. Cabe la posibilidad de agotar lo que se dice sin dejar residuos. Cabe la de insinuar lo que se tiene a decir rodeándolo con imágenes o metáforas más o menos sutiles y superficiales. Y cabe ir a lo que se va a decir en un impacto directo que forme círculos concéntricos a su alrededor, pero no rodeándolo de afuera hacia adentro sino a la inversa. Esta última fase del proceso corre por cuenta del que lee “En cinco tiempos”. Se recibe el impacto, y el horizonte de significaciones virtuales se ensancha en todo sentido, es decir concéntricamente.

Pero Norma Dumas dice todo esto mejor y en menos palabras:

“Los momentos pertenecían a los hombres, al tiempo de los hombres, a su imaginación, a su sentido estético y sobre todo a ese estratégico poder temporal sin el cual todos los relojes consultarían hombres cuando quisiesen accederse al tiempo”.

Otras veces, entramos en la esencia, plenamente lograda, del retrato psicológico:

“Nada más”, se repitió a sí mismo en voz alta, perfectamente convencido y aspirando el aire con afectación, apretó el paso varonilmente, varonilmente introdujo las manos en los bolsillos y con infinitas ideas varoniles, tomó un atajo hacia su casa. “A Ana no le gusta esperar” masculló entra

dientes, y empezó a correr su hombría por las calels."

Por todo esto es inútil buscar un "desenlace" a los cuentos de "En cinco tiempos". Cada cuento es él, todo entero, un desenlace.

Y, lo que es más, un símbolo. Porque no puede ser nuestra época — como se pretende — una época de crisis. En épocas de crisis no surgen valores como Norma Dumas.

ANGEL JORGE CASARES.

F. J. Solero: *EL DOLOR Y EL SUEÑO* (Schapire, Buenos Aires, 1953).

Dolor y sueño cruzan la dimensión poética de Solero, en las dos latitudes: la de su cuerpo y la de su patria. A ella asisten, la impostergable urgencia de vivir, de continuar, de inaugurar cada día la presencia de la sangre; y el reconocimiento de nuestro sueño americano, agostado en jornadas históricas y políticas, renaciente en cada generación fecunda.

Dolor y sueño nuestro y de nuestra América, dieron a la voz de Solero una expresión dura, brutal, antipoiética, como una figura de la inmediatez vivida. Pero hay en ella un latido trascendente que aspira a soltarse de los términos cotidianos e impotentes.

Aquí el valor del libro, sinceridad y vida: violentas, desgarradas del tiempo recorrido, para adquirir su forma expresiva.

Cuando en "*Llego con una vieja herida*" (pág. 7), dice:

*Qué horas las de esta vida,
despedazada en ancho y olvidadizo tiempo.
Qué horas, hermano,
junto a mí, muy cerca de mi mano y mi refugio.
Que la vida es como un tronco,
mecido por las balas hirvientes de la gracia,
y hay tanta aquí, aquí,
andando por el cuerpo mordido de la patria.*

como una estatura geográfica, nace la emoción entreverada de su vida y su tierra, unidas en una común potencia germinal.

Se escurren entre sus páginas hallazgos poéticos, pero imposible es transcribirlos en pocos versos, sus hallazgos son rescates sorprendidos al transcurso, en la carne de la historia. Así es en: "*Mi cuerpo*", "*La garra*", "*Batalla del amor*", "*Aquí*", "*El río*", "*El destierro*", "*Cabecera del puente*".

La mujer, la ciudad, la tierra se identifican para Solero, a través de un epíteto común, *yegua*. Es lo fecundo, el cauce maternal al que se estrecha con una furia vieja, el abrazo humano, errante ("*Canto terrestre*", "*La madre*").

Este libro nos plantea el problema sobre lo que es un testimonio. El interrogante sobre la expresión poética, ajena radicalmente a su forma propia.

Por las cuatro estaciones del libro gime un lenguaje plagado de mal gusto, de ripios tangueros en lugares comunes.

Cabría preguntar también hasta dónde lo descuidado, es el vaso de lo que nos parece cierto y cabal. Creo, a veces, que existe entre nosotros el mito de lo espontáneo, de lo brutal y golpeado; y que en su persecución se enajenara todo intento de trabajo detenido y cuidado. Y en la poesía dicha a borbotones, a manotazos, efectista a veces, se manifestara mejor la entraña.

Debemos esperar, que aquellos que tienen algo que decir — y que parecen tan pocos —, se exijan un tránsito poético.

A. A. G.